

## ***Prólogo: Tan solo una común historia:***

Lo que voy a contaros no es más que una común historia. Una historia de personajes, en la que cada cual es, además de sus circunstancias, una persona. Eran cinco, siempre lo habían sido. Se habían conocido por la afinidad de los padres, encontrados por casualidad en el único centro escolar del pequeño pueblito de Sevilla en el que los cinco vivían. Ese único centro escolar albergaba tan solo una clase por curso, y entre los veinticinco alumnos de primero de primaria, los cinco padres de nuestros cinco protagonistas se fueron a encontrar. Desde entonces no se separaron. Al menos, no del todo. Las historias no suceden de una sola vez, y estos niños, que como todos los niños, crecen, empezaron a vivir las suyas propias. Pero esos son asuntos ajenos a nuestra causa. Después de haber compartido sus vidas durante tanto tiempo, al fin nuestros protagonistas habían acabado. Sí. Tras el último examen de selectividad llegaba la dulce pausa del último verano que pasarían en aquel pequeño pueblo, juntos.

*Junio.*

## ***Bendito verano***

-¡Bendito Verano!- gritó Víctor cuando salió del examen.- Dios Celes, te juro que si el examen duraba un segundo más, optaría por el suicidio.

-Seguro Don Víctor, dado que no se encuentra usted en condiciones de soportar un solo minuto más el clima estudiantil, permítame guiarlo hasta el bar más cercano para desahogar nuestras penas en una cerveza bien fría.- murmuró Celeste con gran teatralidad.

Ninguno de los dos se preguntaría sobre el resultado de aquel último examen, ni de ninguno. Era una especie de norma de cortesía que compartían. Ninguno la había pronunciado en voz alta nunca, pero se conocían lo suficiente como para que no hicieras falta hacerlo.

-Oh Celes, sabes que había quedado con Laura ahora. No puedo dejarla colgada, es mi...

-Sí, sí, tu novia. Lo entiendo.- Celeste sacó un cigarro de su mochila y lo encendió. Dio una fuerte calada, y durante unos segundos, se sintió mejor.

-Vamos. No te enfades.- A Víctor de verdad le preocupaba.- Hey, ven.- dijo abriendo sus brazos. La quería casi tanto como a sus hermanos.

-No estoy enfadada Víctor. Solo me duele la cabeza, por los exámenes.- le respondió ignorando su invitación.

A Celeste no le gustaban los abrazos, o eso se decía a sí misma. No le gustaban los abrazos. Era casi cierto, porque no le gustaban los abrazos de casi nadie. Víctor era de las pocas personas que escapaban a la norma.

-Pues mucho mejor entonces, porque tengo la cura para los dolores de cabeza. Un súper-abrazo.- Víctor comenzó a acercarse a Celeste hasta que la tuvo entre sus brazos.

Ella fingió querer zafarse, pero si realmente lo hubiera querido, ni todos los Víctor del mundo hubieran podido con ella. La escena desde fuera podía resultar tierna, incluso, si me apuras, romántica. Él la levantó con suavidad y la apretó aún más fuerte. Víctor era mucho más alto que Celeste. Podía haber entre ellos treinta centímetros de distancia. Era una de las cosas que a ella le encantaban de su mejor amigo. Su altura, sus brazos fuertes, su barbilla firme, su pelo largo y lacio, siempre recogido en una coleta que parecía querer dejar escapar los mechones salvajes y finos. Sus ojos tampoco estaban mal. Cuando la sostenía de aquella manera, que sucedía en más ocasiones de las que Celeste quisiera reconocer, sus ojos

brillaban de manera especial. Parecía encontrar un matiz miel dentro de sus ojos almendrados. A él también le encantaba ella. Su pelo corto, siempre de un color diferente, su piel cobriza y unos ojos tan oscuros e intensos que parecían absorberte cuando lo deseaban. Otras veces, resultaban tan impenetrables como su semblante. En aquellas ocasiones era cuando más deseaba abrazarla. Le gustaba la forma fina de sus labios, y como sujetaba el cigarrillo entre sus pequeños dedos. Eran tan pequeños como ella. Le gustaba también su cuerpo, lleno de curvas. Le gustaba su vientre, que no era como los de los anuncios. Era real, hinchado, con estrías y marcas, lleno de vida y existencia. Le gustaban sus piernas, tan cortas y grandes al mismo tiempo. Le gustaba su pecho, no tan grandes como ella deseaba. Le gustaba su espalda, su trasero y su sonrisa. Le gustaba todo de ella, sobretodo porque era real, y porque era ella. Y era su mejor amiga.

Finalmente, tras varios intentos de forcejeo, la bajo al suelo y la miró. Había cedido, sobretodo, porque no quería que lo quemara con el cigarro. Ella lo miró intentando contener una sonrisa, pero no tardo en perder la rigidez. Sus ojos la delataban, se moría por sonreír.

-Eres mi mejor amiga.- Víctor lo dijo con toda la sinceridad que cabía en su corazón.

-Tienes tres más como yo, no me engañas tontorrón.- Celeste le pegó en la cabeza con cariño, dificultosa tarea para la que Víctor tuvo que agacharse.

-No, en serio Celes. Ya te lo he dicho otras veces. Tú eres mi única mejor amiga. Y lo sabes.- Víctor se alejó un poco de ella. A Celeste se le escapó una sonrisa amarga

- Lo sé, estúpido. Tú también eres mi mejor amigo.- Su sonrisa sabía a café solo, sin azúcar ni edulcorantes, y a tabaco.- Anda, lárgate. Yo iré a buscar a Lidi y compañía.

-¿No quieres venirte?- repuso Víctor.

-Venga ya, si lo dices por cumplir. Claro que no. Lárgate, ya nos la presentarás cuando lo tengas todo claro.- Celeste lo miró con recelo.

Víctor nunca les presentaba a sus novias. Nunca eran del pueblo, claro está. Si no, sería fácil descubrirlo. Siempre eran de la ciudad, o de algún pueblo lo suficientemente alejado como para que nadie las conociera. Celeste se preguntaba si alguna vez le había gustado alguien que viviera cerca de ellos, y si la había rechazado por aquella razón. Se lo imaginaba todo recto y estirado diciendo: Me gustas, pero vives demasiado cerca de mis amigos. La verdad es que Víctor prefería mantener su intimidad, era lo más preciado para él. Celeste no sabía a ciencia cierta con cuantas personas había salido, tan solo sabía que no había conocido a ninguna que no fuera ella misma. Y eso que era su mejor amiga.

-Vale.- Víctor sonreía nervioso.- Me voy. Adiós Celes.

-Adiós petardo.- le sonrió a su amigo, intentado ser tan solo su mejor amiga, sin terminar de creerse muy bien su papel. Vio a Víctor caminar por el pasillo alejándose.- Oye inútil.- alzó su voz.- Pásalo bien. Te quiero.

-Sensiblera. Nos vemos luego.- Víctor sonrió más tranquilo. Él también la quería, claro.

-Hasta luego.- Celeste soltó un suspiro.

Había dicho que buscaría a Lidia, pero no quería ver a la pareja ultra-feliz. No. Necesitaba despejarse después de los exámenes, y sabía exactamente cómo hacerlo. Celeste sacó el móvil con la mano contraria, mientras seguía exhalando el humo del cigarrillo. Había empezado a fumar con catorce años, cuando ella y Víctor terminaron su fracasado intento de relación amorosa. Unos amigos de su barrio se lo habían recomendado, y le había encantado. Era nocivo para su salud, su madre no dejaba de repetírselo pero, de algo había que morir, ¿no?

Que mejor forma que respirando aquel aire sucio y tan placentero. Si pudiera elegir, moriría borracha, con un cigarrillo en la boca, y los labios de algún chico lindo entre las piernas. Sí. Era su forma de ver las cosas. El teléfono sonó dos veces, y luego escucho el silencio que indicaba que su hombre había contestado.

-Hey Alex. ¿Estás libre?- el teléfono estaba frío. Pero cualquier cosa estaría fría al lado del tremendo calor de aquella mañana de verano.- Vale, pues pasa a buscarme. Estoy fuera del insti.- el cigarro se consumía entre sus dedos.

Celeste era misteriosa para todos. Intentaba convencerse de que no lo eras para ella misma, pero lo cierto es que no era así. Por fuera nadie lo notaría, pero se sentía algo rota. Había algo en su vida que no terminaba de encajar. ¿Su padre ausente? ¿Su adicción al tabaco? ¿Su incapacidad de identificar sus sentimientos? No sabía lo que era, pero algo se rompía en ella cada noche. Luego, se obligaba a funcionar todas las mañanas, como si fuera un reloj. Obligándose a llegar a cada tic, sin pensar en el tac que debía llegar después. Como si se tratase de un personaje de una obra, actuaba según el guión más predecible. Su papel, chica latina perdida y amargada. Cuando se preguntaba a si misma porque hacía eso, no sabía responderse. Era lo único que no sabía a ciencia cierta, pero comenzaba a sospechar que tenía que ver con su miedo a que los demás se dieran cuenta del tipo de persona que era en realidad. Sus debilidades, sus miedos, podrían quedar expuestos a quienes tan bien creían conocerla y entonces, ¿qué sería de ella? Podrían llamarla mentirosa, débil y cobarde. Y lo era. Pero el juego de las mascararas incluía que nadie se daría cuenta nunca. Aunque fuera totalmente cierto. Eso sin duda alguna era lo peor. Que todo era cierto. Era cobarde, débil y mentirosa. Había comenzado a gustarle más el personaje que representaba, que su verdadero yo. Que peligroso era aquello. Por eso intentaba olvidarlo cada vez que encendía un cigarrillo y llamaba a Álex. Parecía simple, unas solas gotas de la tónica del olvido, y todo parecía arreglado.